

Madrid Comico

Director: SINESIO DELGADO

EN LA PLAYA



—No, al mar no! ¡que está muy frío! ¡Yo no entro si no le echan antes un puchero de agua caliente!...

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—En el campo, por Edeardo Bastillo.—Gregoria la portera, por Juan Pérez Zúñiga.—Diputados y vecindad, por Edeardo de Palacio.—Complacencia, por José Estremere.—Los suicidas, por Sinesio Delgado.—Lectura recreativa, por Francisco Flores García.—Bomba va!, por Manuel Soriano.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.
GRABADOS: En la playa.—Disculpas.—Anuncios, por Cilla.



Figueira.

Este año la concurrencia de bañistas españoles es menos numerosa que en el año anterior, y esto obedece á las molestias que ocasiona la fumigación en la frontera.

Green en Portugal que los españoles traemos el cólera en el baúl y se nos fumiga los equipajes sin compasión. En esta tarea salvadora inviertense dos horas y media, poco más ó menos, lo cual origina protestas y disgustos.

Á mi regreso de Galicia hube de entrar por Valença do Minho, y allí he podido ver con cuánta escrupulosidad se procede á la fumigación de nuestras ropas interiores. Á un desdichado viajero que llevaba unos calzoncillos sucios en el fondo del baúl le estuvieron haciendo preguntas media hora seguida respecto de aquella prenda.

- ¿De quién son estos calzoncillos?
- De un servidor de usted.
- ¿Los ha tenido usted puestos muchos días?
- Ocho.
- ¿De dónde son?
- De la provincia de Pontevedra.
- ¿Han sufrido alguna alteración ostensible?
- Ninguna.

Un empleado de la sección de sanidad cogió los calzoncillos con unas tenazas y los estuvo examinando atentamente; después se los pasó á otro empleado para que los oliera, y en seguida los metieron en la cámara de desinfección, atados por abajo, para que no se escaparan.

Aun suponiendo que tuviésemos en España la peste negra, aquí no entraría de ningún modo, dado el sinnúmero de precauciones que ha adoptado el gobierno portugués.

Por ahora, las medidas sanitarias se reducen á la fumigación de los equipajes, pero ya se habla de establecer unas «artesas sanitarias» para sumergir á los viajeros en una disolución de clorato de potasa y aceite común.

En cambio, hay una gran tolerancia con los comestibles que se introducen por la frontera. La mayoría de los viajeros procedentes de Extremadura traen el baúl lleno de chorizos—porque los de aquí son de carne de persona—y nadie les dice una palabra. Los aduaneros se limitan á examinar los chorizos y á tributarles elogios.

En vista de esta tolerancia, la gente abusa, y hay hombre que se trae un cerdo salado, repartido entre la familia. Antes había cierto rigor en los comestibles, hasta el punto de que el año pasado fué conducida á la cárcel una señora porque trataba de introducir fraudulentamente una cabeza de cerdo debajo de la sobrefalda.

De día en día se estrechan las relaciones entre los gobiernos de Portugal y España, y existe tal benevolencia de parte de los aduaneros, que el año que viene, si esto sigue así, pienso traerme una docenita de jamones y abrir una tienda en sitio céntrico, á ver si me sale de balde la temporada.

Esto de que los soberanos de ambas naciones sean amigos cari-

ñosos influye directamente en pro de nuestros estómagos. Ojalá influyera también sobre los caseros, para que nos rebajasen el alquiler y nos tuvieran algo de cariño. Pero no sucede así hoy por hoy. Casi todos los caseros nos odian cordialmente y al entregarnos sus casas suelen decirnos:

—Á ver si tiene usted cuidado con las paredes. No se siente usted en las sillas, que se pueden romper. No ponga usted la palmtoria sobre la mesa de noche, que se va á manchar. Trate usted bien las palanganas, que son nuevas.

Y cosas por el estilo.

Tal amor sienten los caseros por los muebles que nos alquilan, que es muy frecuente oír conversaciones como ésta:

—Buenos días, D. Ramón. ¿Qué tal? ¿Está usted contento en la casa que le he alquilado?

—Sí, señor.

—¿Cómo sigue la sillería del gabinete?

—Buena, gracias.

—¿Y la cama anchá?

—No tiene novedad.

—Déle usted mis recuerdos.

—Se los haré presente.

Á un paisano mío le decía su casera cuando le alquiló el cuarto:

—No se olvide usted de lavar el suelo todas las semanas. Procure usted que los muebles no cojan polvo. Haga usted que frieguen bien los cacharros.

—Pero D.^a Robustians!—contestó mi amigo—¿Cree usted que no he tenido casa hasta ahora? ¿Dónde cree usted que vivimos los españoles? ¿En los árboles?

Aquí huy un bañista que está empleado en la dirección de la caja de depósitos y se ha venido sin licencia. El hombre anda asustado porque teme que le conozcan y lo delaten á su director. En cuanto sabe que ha llegado una familia española, se pone una barba postiza y unos anteojos verdes y se va á la playa para examinar á los recién llegados. Ayer llevó un susto horrible porque estaba bañándose y sintió que le cogían por el cogote.

—¡Cielos!—dijo para sí.—¡Estoy descubierto!

Y se sumergió en las azules ondas; pero sus temores resultaron vanos. Aquellos dedos que le aprisionaban el cogote eran los de una señorita de Lillo que se baña con traje azul pálido y siempre que pierde pie se agarra á lo primero que encuentra. El bañista furtivo contempló aquella faz húmeda pero hermosa y quedó prendado de tanta hermosura; hoy se habla del matrimonio de la señorita azul con el de los anteojos verdes.

Ella le preguntó:

—¿Su nombre de usted?

—Narciso Balbín.

—¿De dónde es usted?

—De la caja.

—¿De qué caja?

—La de depósitos.

—¡Ah!—exclamó la señorita, emocionándose toda.

Narciso habló al papá de la joven, que es bastante sordo, pero agradable, y la boda ha quedado fijada para Octubre.

Lo cual prueba que en estas playas es donde se encuentra con más facilidad una esposa acaudalada y limpia. Á Narciso ya no le preocupa la falta de licencia del jefe ni los proyectos de Gamazo sobre supresión de destinos, porque es lo que él dice:

—Me iré á Lillo á respirar el aire embalsamado de las flores y á comerme lo de mi señora.

Pero él no sabe ¡ay triste! que en Lillo no hay más flores que unas que tiene en un tiesto una prima de D. Venancio, y que la señorita azul tiene por junto dos ovejas, una de ellas coja, y media docena de conejos caseros á cual más flaco.

El correo se va. ¡Valiente correo! Tarda en llegar á Madrid dos días, y tres en recorrer la distancia desde Madrid á Figueira, siendo así que el tren de viajeros invierte veintidós horas en el recorrido.

¿Cómo explica usted esto?

Pues tiene una explicación sencilla, y es la de que en España procuramos por todos los medios posibles perjudicar al contribu-

yente, con tal de que sigan cobrando sus haberes los directores generales y demás gente ordinaria.

En fin, la cuestión es que lleguen estas cuartillas á su destino. Que no sé si llegarán.

LUIS TABOADA.

EN EL CAMPO

Hoy soy el *beatus ille* que cantó el vate latino, pues lejos de los negocios y de las pasiones vivo.

Mi vida es la *descansada* de aquel que—Fray Luis lo dijo— iba siguiendo á los pocos sabios que en el mundo han sido.

Con mi soledad contento y feliz, en mi retiro, ni aplaudo á los que combaten ni á los que triunfan envidio; ni afano mayores gozes, ni sumentos de hacienda pido, ni ajenas honras me ofenden ni á más honra propia aspiro.

Dé este vascongado valle en este rincón tranquilo, no veo del ambicioso aquel intrigar indigno;

ni el adorar al dios-éxito del crimen en el camino, ni el honrar en los ladrones las arrogancias del rico.

Aquí el influjo no alcanza del social desequilibrio, que hace reinas, por hermosas, á las esclavas del vicio;

que confundió en un saludo al piadoso y al impío, la virtud y la deshonra, el ingenio y el cinismo.

Aquí el que es sabio enmudece ante el eterno prodigio con que la Naturaleza llama al regazo á sus hijos.

Consuelo del noble artista es de esa madre el cariño, inspiración su grandeza, sus gracias modelos vivos.

Exposición permanente la que ofrecen estos sitios; y uno solo es el asunto, y son los cuadros distintos.

De todos es fondo el cielo y el fondo nunca es el mismo; azul puro sobre el valle que cierran gigantes riscos; nubes que el monte coronan, gasas que retrata el río, negros tonos en oriente y en occidente rojizos.

Muere el sol, tristes rumores del Cantábrico bravo llegan á mí cual lamentos de combatientes vencidos.

En mi vasco, hermoso valle, ¡cuántas miserias olvido, sordo á las luchas humanas ante el artista divino!

Harto pronto he de perderos, santa paz y noble asilo que hoy gozo como los pocos sabios que en el mundo han sido.

EDUARDO BUSTILLO.

GREGORIA LA PORTERA (1)

La enseñaron sus padres, siendo machacha, á tener con buen filo su lengua de hacha; y una vez con el grado de bachillera, salió que ni pintada para portera.

Pescó una portería de buena casa, y al mes de estar en ella (pareco gusa) ya decía de Pura la del tercero que si hablaba ó no hablaba con el casero, sólo porque una noche de primavera los sorprendió abrazados en la escalera.

En cuanto á doña Paca, la del segundo, decía que era amiga de un tal Facundo, aparte, por supuesto, del compromiso que tenía con uno del cuarto piso.

De otro pobre inquilino del sotabanco, que á pesar de ser cojo tenía estanco, dijo horrores la bruta de la portera respectó del motivo de la cojera.

En fin, cuanto veía lo comentaba y hasta dormida dicen que murmuraba, no habiendo ya vecino de limpia historia para el pico endiabrado de la Gregoria.

II

Un día la *techora* plegó sus alas, que también las porteras se ponen malas. Reclamó la asistencia de un doctorcillo que vivía en la casa y era muy pillo;

y el doctor, que tenía cara de perro, encargó que á la enferma la diesen hierro.

«Tomaré el hierro en polvos, ó en un jarabé» (preguntó la portera, viéndose grave).

«¿Qué hierro me conviene? ¡Dígallo pronto!»

Y contestó el Galeno (que no era tonto):

«¿Que qué hierro la mando? Pues el siguiente:

un candado en la boca perpetuamente.»

Aunque tal obediencia parezca un mito, la portera se puso su candadito; mas vivió silenciosa muy pocos días y murió de nostalgia de habladurías.

III

En tanto que la casa quedó en la gloria, Botero á sus calderas llamó á Gregoria; mas como ésta en el mundo dejó el candado y en el infierno consta su desenfado, está mejor que quiere, pues no hay caldera donde admitan el alma de la portera.

JUAN PÉREZ ZÓRIGA.

DIPUTADOS Y VECINDAD

Hay padres para todo, ya que no haya padres para todos, ni siquiera padrinos.

Padres de familia ostensiblemente y padres reservados para sus hijos; padres con principios, aunque no lo sean por convicción; padres políticos y padres económicos; padres de almas; padres para casa de la nodriza; padres que no són de huéspedes; padres con reserva para empleados del Ayuntamiento, Diputación y otros que convengan, y padres de la patria.

¡Y que han trabajado estos últimos en la temporada cómico-legislativa!

«Ni los rigores del ardiente Febo, ni resquemores del augusto jefe, ni los combates que provoca el obstruccionismo, pudieron achicar al diputado leal al ministerio.»

Este es fragmento de un poema épico ó «de picos» compuesto por uno de la mayoría. (Entiéndase diputado... ó pico.)

La verdad es que pedir mayor abnegación y aun desprecio de sí mismos, corporalmente, á los diputados ministeriales y á los de oposición *plus ou moins acharnés*, sería abusar de la lealtad y de la aplicación y constancia de unos y de otros.

Todos han permanecido en sus puestos, como las devotas más sedentarias, aguardando la voz de aviso.

—¡Que se va á cerrar!

Terminadas las tareas parlamentarias, cada representante se va á su olivo y queda el país como una balsa ó embalsamado.

¡Con cuánto orgullo recibirán las aguas del mar ó las medicinales los cuerpos de algunos oradores silenciosos!

Entre tanto Madrid se queda huérfano de padres y sin gente. Detrás de ese mundo político, de ese otro mundo elegante, detrás de los mundos salen los palomos periodísticos ó redactores mensajeros para cumplir sus penosas tareas de «información», que decimos ahora.

¡Trabajo admirable de abnegación y perspicacia no al alcance de todas las fortunas intelectuales!

Aquí quedamos los inamovibles, los insignificantes, salvo excepciones lamentables, custodiando los hogares de los que se van.

Solamente que, de regreso, suelen encontrarlos desalquilados sus respectivos dueños.

¡Pobres de nosotros los que permanecemos de guarnición civil en esta capital!

Los individuos del fijo de Madrid.

De aquí que pensemos en divertinos solos.

De aquí las verbenas con todo el lujo y aparato que exige su argumento.

Los habitantes de otras provincias nos mirarán con envidia, por lo que nos divertimos.

Como decía aquel sujeto que siempre que jugaba perdía el dinero, y cuando algún amigo le censuraba por su obstinación en jugar, puesto que perdía irremisiblemente, replicaba:

—¿Y lo que nos divertimos, ellos y yo, no se cuenta?

En Madrid vive una porción considerable de señoritas sin mancha y caballeros sin ocupación definitiva, dispuestos continuamente á las *juergas* gratuitas.

Allí donde un trovador de manubrio ejecuta magistralmente en el piano la jota de *La Bruja* ó cualquier otra pieza bailable del género español ó del género ultramarino, brotan parejas ya formadas y unidas casi como los hermanos siameses (gemelos de actualidad) y se lanzan al vals con ramificaciones ó á la habaera ardiente «con savia de coco ecuatorial» como el aceite de bellotas.

Bailes silvestres, aunque en las calles de Madrid y entre muchachas y muchachos *curtos*, y aun algunos *curdas* de suyo.

Con motivo de los bailes se interrumpe en varias calles, donde se establecen los salones de baile, la «circulación», no de la sangre, de carruajes.

Pero en cuanto pasan los días de festejos, autorizados por el ordinario, ó sea por el alcalde «á la sazón», vuelve á quedar expedita la vía.

Y como si nada hubiera pasado: no abusan.

—Pa verbenas la nuestra—decía con orgullo una vecina decorativa y bailable y parroquiana de Santiago; vamos, de la parroquia.

—¡Ya! Ya la vide—contestó una amiga de la primera y vecina y parroquiana de San Cayetano.

—Mira que pusimos la fachá de casa...

—Paeicia la fachá del Congreso, con sus leones y todo; allí esta ban tu marido y tu cuñado.

—¿Y el tuyo?

—¡Pobrecito! Ya estaba á esas horas debajo de tierra.

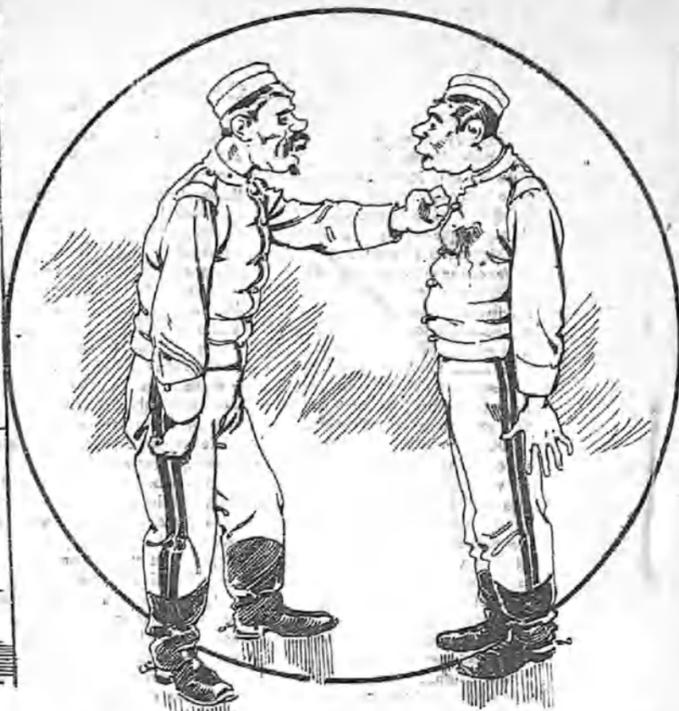
—¿Pues qué, se há fallecido, por si acaso?

(1) Del libro en preparación *Suspiros y cebolletas*.

DISCULPAS



—¿Qué viene usted á buscar á estas horas en el cuarto de la criada?
 —Pues... cerillas para encender esta vela.
 —¿Si está encendida?
 —Sí, pero me daba el corazón que se iba á apagar de un momento á otro.



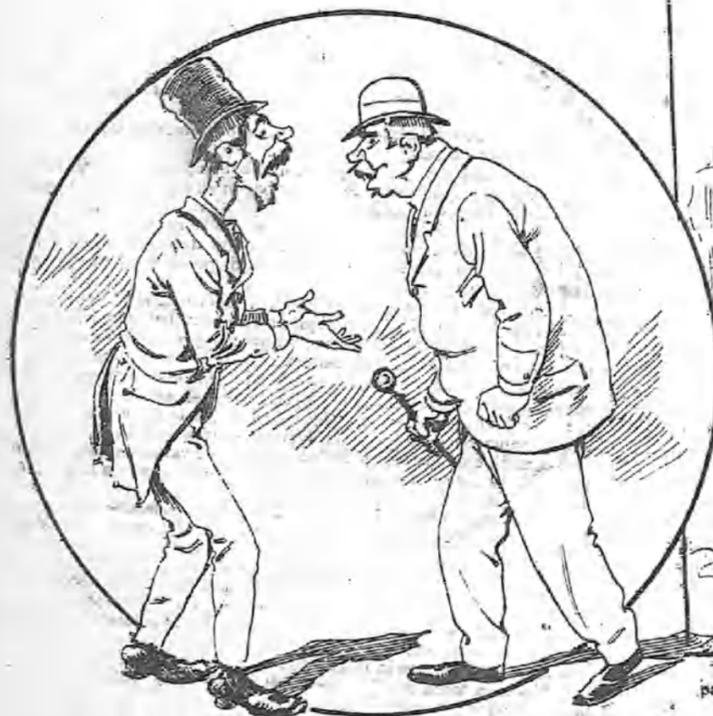
—¿No te da vergüenza presentarte con esa mancha?
 —Mi primero, yo no me la he echao.
 —Pues ¿quién ha sido?
 —Pa. mi que me ha caído ella sola!



—¿Estás sirviendo ahora?
 —Sí, en la calle de la Ballesta, con un señor solo.
 —Y ¿de qué estás?
 —Pues... de niñera.



—¡Sí, señor! ¡Usted ha pretendido dar un beso á esta joven!
 —Es que la había confundido con mi hermana menor, que se fué á la Habana de cinco meses, y como hace tanto tiempo que no la veo...



—Usted me prometió pagarme cuando subieran los fuselistas, y hace un año y... nada.
 —Es que no me han empleado todavía, porque Cárnovas del Castillo me tiene muy á rabia, y cómo sabe usted que todos son unos...



—¡Pronto! ¡Vas á decirme quién era ese que te acompañaba!
 —Mi... ¡mi padre!
 —¿Un padre de tu misma edad?
 —Sí, mi padre... espiritual, que va vestido de pa...



—¿Por qué no puede usted devolver el objeto hurtado?
 —Porque así como está no lo recibiría el dueño.
 —¿Usted qué sabe?
 —Sí, padre, porque era una sandía y la comí hace tres semanas.



—Vamos á ver, ¿por qué no has ido hoy al colegio?
 —Porque hacía mucho calor, y al profesor no le gusta que los niños se sofocan por nada de este mundo.



—¿Cómo explica usted que se haya encontrado en su bolsillo el reloj del muerto?
 —Me lo había dado á componer.
 —¿Es usted relojero?
 —No, señor, aficionado á limpiar relojes us m...

—No, mujer; Dios me le conserve y me le aumente: ¡o decía por que está ahora en esa ronda del alcantarillao.
—¡Ah! ¿De polizonte negro?
—De autoridad enterránea.

EDUARDO DE PALACIO.

COMPLACENCIA

La noche estaba cercana; dormitando en un rincón á un extremo del vagón iba una señora anciana.

Perfectamente vestida y de rostro circunspecto, tenía todo el aspecto de persona distinguida.

Llevaba un librito que era sin duda un devocionario, y en la muñeca un rosario puesto á modo de pulsera.

A otro lado, frente á mí, iba una alegre machacha coquetuela, vivaracha... de lo más lindo que vi.

Me prometí buena noche; cómodamente podíamos dormir, puesto que teníamos para los tres todo el coche.

Yo miré imprudentemente con amor y con delicia y aun con algo de malicia á la vecina de enfrente.

Y ella me daba licencia, tal vez, de probar fortuna, porque me echó más de una mirada de complacencia.

La mayor de las señoras, que nada de esto notó, cerró los ojos y no volvió á abrirlos en seis horas.

Cada vez me parecía que iba á ser mejor la noche, y mientras temblaba el coche con ruda monotonía, arrastrado por el tren de estación en estación, latía mi corazón muy agitado también.

Yo fijaba en mi vecina una mirada constante y, encantado, á cada instante la encontraba más divina.

Y la incógnita beldad, sin asustarse de nada, sostenía mi mirada con toda tranquilidad.

Y á compás de las constantes trepidaciones del tren, iba yo inventando cien novelas interesantes.

Al llegar á una estación pidió agua, que yo pagué, y esto lo bastante fué para armar conversación.

—¿Dónde estamos?
—En Riofrío...

—¿Qué poco andamos!
—¡Ya, ya!

—Esa anciana ¿es su mamá?

—No, señor; no es nada mía.
Yo siempre he viajado sola.

—¿Sola?

—Sí, ¿por qué lo extraña?

—Porque no se usa en España.

—Es que no soy española;

soy natural de París

y doy lecciones de piano

en Madrid; pero el verano

me lo paso en mi país.

—¿Francesa!... Lo adiviné

en su mirada en seguida...

¡Ay, francesa de mi vida,

qué encantadora es usted!

Difícil que se halle

en España nada igual...

¡Ay, qué rostro angelical!

¡Ay, qué boquita! ¡ay, qué talle!

¡Qué piel! ¡si apenas se ve!

¡y qué mano! ¡qué embudo!...

La voy á estampar un beso

sin el permiso de usted.

—¡Monsieur!

—¡Mademoiselle!

—¡Oh!

—¡Ah!

—¿Qué atrevimiento!

—Lo siento;

mas si fué un atrevimiento...

pardos.

—¿E n' y a pas de quoi.

Al tomarme esta licencia

vi si la vieja miraba;

pero noté que gozaba

del sueño de la inocencia.

Yo, ya loco de contento,

sentado junto á la bella,

me tomé la noche aquella

algún otro atrevimiento.

Cuando ya de la mañana

dió la luz en los cristales,

nos pusimos muy formales

y abrió los ojos la anciana.

Se miraba escrutadora

fijaba en mí sonriente.

Yo dije: —¿Qué dulcemente

ha dormido usted, señora!

—No duermo nunca en el tren—

afable me contestó:—

fingí dormir... porque yo

he sido joven también.

JOSÉ ESTREMEIRA.

LOS SUICIDAS

«Ella me ha despreciado. La adoraba, ya no puedo vivir con lo que sufro. Me echo una cuerda al cuello, y así ponga fin á mis penas al correrse el nudo.»
—¡Mal hecho, criatura! Esos arranques de rabia, de soberbia ó de disgusto son casi siempre falsos. Todo pasa... ¡Quedan tantas mujeres en el mundo!

«Aviso al que me extraiga del estanco que yo en mi sano juicio me zambullo. Hoy vence el pagaré. No tengo un cuarto. Ahogará mi deshonra en el sepulcro.»
—¿Y quién te ha dicho á ti que eso es deshonra? ¡Eso es sólo una forma del orgullo! Trabaja y pagarás; ó, hablando claro, dí que prefieres escarrir el bulto.

«Señor juez: me he cansado y me retiro; esta vida es monótona, y me aburro. A otro mortal cualquiera el sitio dejo, y que, si puede, se divierta mucho.»

—¡Infeliz! ¡Aberrirse, cuando quedan tantos pobres hambrientos y desnudos á quienes hacer bien, buscando un goce tan íntimo, tan dulce, tan profundo!...

«La miseria me ahoga, me acoquina; no la puedo vencer por más que lucho. No tengo pan, ni abrigo, ni esperanza... Me arrojo al patio desde mi tugurio.»
—¿Con qué derecho? Si la vida sigue, seguir debe el combate recio y duro, ¿que ya el último esfuerzo ha sido inútil? ¡Haz otro, y otro más, y nunca el último!

«No creo en el amor, porque he gastado mi corazón en el placer impuro; marchita la ilusión y seca el alma, paz en la bala del revólver busco.»
—¿No crees en el amor, luz de la vida, soplo del Creador, sostén del mundo?... ¡Heces bien en matarte, desdichado! Dios te perdonará, yo te disculpo.

SINESIO DELGADO.

LECTURA RECREATIVA

Lo es sin duda la que se desprende en determinadas épocas de una parte de la prensa diaria, de aquella de más prestigio y de mayor circulación.

Hay rachas, y ahora *atravesamos* una de ellas. Repasa usted uno de esos periódicos y en seguida le saltan á la vista los siguientes títulos, impresos en gruesos caracteres:

«Causa por asesinato.—Un crimen célebre.—Robo y homicidio.—Hundimientos.—La causa del petardo.—Tremenda catástrofe: cuatrocientos muertos.—El gran escándalo.—El crimen de anoche.—Más hundimientos.—Madrid se hunde.—El cólera.—Sesión parlamentaria...»

Todo eso en una ración y en dos hojas de papel de regular tamaño.

El corazón se mete en un puño, como suele decirse, al tomar en la mano el papel público que contiene tal índice de materias...

Debajo de cada uno de esos títulos hay una narración detallada viva y palpante, que pone los nervios de punta.

Es cosa innegable que la literatura influye por modo eficaz y directo en las costumbres públicas.

La literatura periodística (llamémosla así) al alcance de todas las fortunas (y de todas las inteligencias) influye, desde luego, más que ninguna otra en todas las esferas y *capas* sociales, y muy particularmente en las últimas *capas*...

Excusado es decir que paladar se le está formando al pueblo con ese alimento diario.

Algún filósofo del año 54 nos objetará aquello de

«Arrojar la cara importa, que el espejo no hay por qué.»

queriendo significar, con esa cita trasnochada, que los periódicos se han de *autrir* de lo que hallan á mano, y que la sociedad actual sólo da de sí esos materiales—que más bien deben llamarse horrores...

Nunca han consagrado los periódicos tanto espacio á la criminalidad como en los tiempos actuales.

¿Es que la humanidad es ahora peor que nunca?...

¡Medrados estaríamos los que creemos en el mejoramiento moral del hombre y de la sociedad por las ventajas del progreso y de la civilización!

La humanidad va mejorando de día en día, el hombre camina hacia la perfección y las costumbres se dulcifican por modo notable.

Lo que hay es que la prensa está tocada de la fiebre del *noticierismo*, de un espíritu mercantil que apaga todo sentimiento elevado, y, en lugar de dirigir y encauzar á la multitud, sólo pretende mantener y halagar las insanas pasiones del vulgo. De donde resulta que, en vez de dirigir, es dirigida.

Se ha entablado una competencia, ó más bien pugilato, entre ciertos periódicos, en el terreno de la *información*, y ya hay *reporter* que se informa hasta de las veces que ha escupido el rey de Torrelaguna ó el estafador de Villaviciosa...

En esa calentura de la *información*, hay empresa periodística que, en cuanto se comete un crimen fuera de Madrid—por lejos que sea,—envía un corresponsal (no siempre discreto) al teatro del crimen, para contarle al público, por telégrafo (*eso corre mucha prisa*), todos los detalles del robo, ó del asesinato, ó de ambas cosas juntas.

Cuando el corresponsal lo ha contado todo, con pelos y señales, retorna, satisfecho, á Madrid, sin perjuicio de volver en tren rápido al teatro del crimen tan pronto como *tenga lugar* la vista del célebre proceso, porque aquí ya todos los procesos son *célebres*, aunque lleven el sello de la más prosaica vulgaridad.

Los telegramas de esos corresponsales tienen mucho que leer, no sólo por su extensión, siempre desmesurada, sino también y principalmente por las galas del estilo y la *substancia* del fondo.

No hace mucho tiempo decía unos de esos corresponsales, poco más ó menos, lo siguiente:

«Esta mañana no pudo recibirme el reo, porque estaba ocupado en cortarse las uñas; pero, por fin, he logrado verla ésta tarde y he conferenciado largamente con él. Al principio mostréme muy reservado; pero con habilidad y travesura he conseguido que cante de plano. Todo me lo ha revelado y tengo una verdadera satisfacción en transmitirlo al público para su conocimiento y distracción. El reo (que es ladrón y asesino) resulta extraordinariamente simpático y se expresa con elegancia y con soltura... Ahora va á comer el reo; dentro de una hora transmitiré la lista de los platos.—El correspondiente.»

El lector que siga atentamente el movimiento literario-criminalista de la prensa periódica, verá que no exagero en la reproducción del anterior telegrama.

Hay telegramas mucho más pittorescos. Lo son casi todos aquellos que describen minuciosamente y detalladamente la estancia de los reos en capilla.

Y como en estos felices tiempos está tan atareado el verdugo, y no lleva trazas de descansar en mucho tiempo, la literatura criminalista y patibularia tiene tela cortada para un rato.

Al paso que vamos, va á ser necesario leer algunos periódicos con ciertas precauciones.

Por ejemplo, tener á mano un revólver y un bote de árnica, en la antesala una pareja de la guardia civil y en el recibimiento al médico de la casa de socorro.

Y es muy posible que no baste todo eso.

FRANCISCO FLORES GARCÍA.

BOMBA VA!

EPÍSTOLA BÉLICA

Encantadora Matilde:
He recibido tu carta,
que me ha surtido el efecto
de una descarga cerrada,
puesto que ha dado en el blanco,
quiero decir, en el alma.
Pero, aunque estoy malherido,
no pienso darme de baja,
pues tu juró por Belona
que, aunque perdí una batalla,
ni he de plegar mi bandera,
ni he de tocar retirada,
ni he de levantar el campo,
ni he de deponer las armas.
Porque has de saber, Matilde,
que la pelea me encanta
y el pelear día y noche
es mi ocupación más grata.
La pelea me seduce,
el peligro me entusiasma,
y allí donde hay un peligro
me encuentro yo en cuerpo y alma.

En cuanto yo, decidido,
le ponga cerco á una plaza,
y á todos los proyectiles
que mi artillería lanza
no contestá el enemigo
mandándome balas rasas,
ó temiendo á una derrota
tremola bandera blanca,
lo cual viene á ser lo mismo
que si se entrega á mansalva,
levanto inmediatamente
todo mi tren de campaña,
porque no soy partidario
de gastar pólvora en salvas,
y á más, los triunfos sin lucha
me hacen poquísima gracia;
y la plaza que se rinde
al primeró que la asalta,
sin que el cañón enemigo
haga polvo sus murallas,
ni siquiera se merece
el honor de ser sitiada.
Pero si, por el contrario,
á mis primeras descargas
me envía con sus cañones
un diluvio de metralla,
si alguna bala enemiga
en mi corazón se clava
y salta la roja sangre
buscando salida franca,
y se desborda y me inunda

como hirviendo catarata;
si cuando doy un asalto
con valor se me rechaza,
entonces... ¡lo que es entonces
el corazón se me mancha,
mi valor se centuplica,
mi entusiasmo se agiganta,
hago acopio de pertrechos,
mando tocar generala,
y aunque yo esté persigido
de que la miseria me aguarde,
aunque sepa que la tierra
va á hundirse bajo mis plantas
y que los mundos flagreen,
que los astros se desgajen,
que los mares se desborden
y el orbe se desbarata,
y aunque astros, mundos y cielos
sobre mi cabeza caigan,
gritando: ¡Sus! ¡y adelante!
voy derecho á la muralla,
porque á mí me vuelven loco
los ecos de la charanga,
el chocar de los aceros,
el rumor de las descargas,
el piafar de los corceles,
el silbido de las balas,
el estruendo del combate
y el detonar de las armas.
En tales momentos, niña,
estoy como si me echaran
aguarra en las arterias,
melinita en las entrañas,
fulgurato en el cerebro
y dinamita en el alma.

En fin, chica, ya lo sabes:
vuelvo otra vez á campaña
armado de punta en blanco,
dispuesto á luchar sin calma.
La fe me alienta en la lucha
y me guía la esperanza;
soy terco como ninguno,
es mi norte la constancia,
no cedo ante los obstáculos,
la muerte no me acobarda,
porque yo puedo más que ella,
pues soy hombre ¡y eso basta!
¡Y te juro, con la mano
puesta en la cruz de mi espada,
que ó se queda mi cadáver
sobre el campo de batalla,
ó he de tomar el redacto
con bandera desplegada!

MANUEL SORIANO.

CHISMES Y CUENTOS

Lean ustedes el parte diario de recaudación por consumos.
Y experimentarán cierto regocijo interior al ver que, con relación á iguales fechas del año pasado, la baja no es más que de mil ó dos mil pesetas.

Pero ¡ay! el caso es que en iguales fechas del año anterior se hacía una ruda campaña contra el Sr. Bosch, porque la renta bajaba todos los días cuatro mil duros.

De modo que... el gozo en un pozo. Porque resultará que hace dos años se recaudaban veintidós mil pesetas diarias más que ahora.

¡Y luego dirán que *La Correspondencia* no tiene un humorismo de la buena cepa cuando quiere!

Allá va una muestra.

Se trata de una mujer de Gif (Francia) que, al decir de las gentes sencillas que todavía quedan, tiene los demonios en el cuerpo. Y dice mi distinguido colega:

«Hoy la prensa de la vecina república trae nuevos datos acerca del particular, planteándose el problema de si la endemoniada era una histérica ó una poseída del espíritu del mal.»

¿Eh? ¿Con qué gracia está dicho lo de «planteándose el problema!»

¡Un bonito problema *fin de siglo* quince!

Y sigue:

«No satisfecho el párroco de Gif de su propia opinión, hizo venir al superior del seminario de Versalles, el cual convino en que se trataba de un caso de posesión satánica, fundándose en los siguientes hechos:

1.º La paciente, que es completamente iliterata, comprendía el latín.

— Falta saber si el superior del seminario de Versalles y el párroco de Gif disfrutaban de igual beneficio.

2.º Tenía el don de la doble vista, es decir, que contaba con maravillosa exactitud cosas que sucedían lejos del sitio en que se encontraba:

¡Vean ustedes en qué cosas tan inocentes se entretiene ahora el diablo!

«Y 3.º—Tenía una fuerza tan considerable y desproporcionada con su desarrollo físico que varios hombres de rigor no podían sujetarla.»

¡Claro! Y los exorcizadores se dijeron: ¿Quién vencerá al hombre? ¡El demonio! Pues aquí le tenemos.

Allá va el final, que es lo más curioso:

«Apenas comenzaron los sacerdotes á leer las preces de ritual, se incorporó la enferma y empezó á discutir con los ministros de Dios. Y ¡cosa extraña! la discusión se hacía en latín, y cuando alguno de los sacerdotes incurria en alguna falta gramatical, Belcebú ó Satanás se la hacían notar en el acto.»

No, si ése es el defecto grave que ha tenido siempre el demonio: el de ocuparse demasiado de la sintaxis, en lugar de arrastrar almas á los infiernos. Pero es una lástima que generalmente sea el espíritu malo el que haga esas gracias. Porque todos tenemos nuestro ángel de la guarda correspondiente, y no nos enseña ni las cuatro reglas.

¡Valientes gracias están ustedes!

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Topetazo.—Y que no se le ha dado usted menudo á la poesía en general y á los sonetos en particular!

Eniño.—El romancillo tiene cierta fluidez, pero el asunto no tiene importancia... á no ser que la firma lo hubiera adquirido antes. ¿Entiende usted lo que quiero decir?

El gallo de la Pasión.—Pues no tengo más remedio que decirle eso: que el sistema ese de hacer sonetos es antiquísimo. Sin embargo, puede usted tomarse las dos cañas.

Curriqui.—Bueno, hombre; mande usted firmada la segunda y la publicaremos en la sección de *Chismes y cuentos*.

Cualquiera.—¡Caramba, qué semana tan hermosa! Se publicarán las dos. Pero con un poquito de paciencia se gana el cielo, ¿eh?

Un selenita.—Los cantares son vulgares.

¡Qué lástima de cantares!

Pepita Piporro.—Precisamente acerca de eso publicaron hace bastante tiempo sendas composiciones Vital y Sierra en este mismísimo MADRID CÓMICO de mis pecados.

Corrión.—¡Ay! No me gusta.

Sr. D. J. M. D.—Eso no debemos decirlo nosotros, aunque sea verdad. Revisteros de teatros tiene la santa madre prensa que lo sabrán decir.

K. Lamiada.—No puede ser más infantil. El verso

«encontró tumba oscura, silenciosa y fría»

es demasiado crecido en cambio. Porque tiene más longitud de la que á su edad le correspondía.

Papá Loto.—Larga, y un poquito pesada además. Sólo tiene una cosa buena. Que se ve que no le arredran á usted asonancias difíciles.

Sr. D. P. L. H.—En cambio la de usted tiene una cosa mala. Que se ve que no le arredran las asonancias prohibidas.

Sr. D. E. C.—Oviedo.—Mucho le agradezco el aviso, aunque ya teníamos noticias de la quiebra, y siento de veras no poder publicar la composición por lo gastadísimo del asunto.

Breas.—Es medianilla, hablando con la mano puesta sobre el corazón.

Sr. D. L. A.—Dudo mucho que consiga usted su propósito mientras no cambie de sistema, porque usa usted un humorismo completamente pasado de moda. En fin, ¡ojalá me equivoque!

¿Se publicará esto?—Se me figura que no, señor.

El caballero de los Espejos.—Es lástima que el romance acabe con la so- corridá vulgaridad de los estacazos, porque tiene algún interés al principio.

Castita.—¡Me río yo de los castos que escriben esas cosas! *Desvergonzado* debía usted firmar.

ANUNCIOS



¿Quién con Carrasco se atrevo,
si este sombrero que llevo
le compré el ochenta y nueve
y está todavía nuevo?
Carretas, 26.

Si se te llega á poner
el pecho como una fragua,
bebe agua... y echa en el agua
Cognac fino de Moguer.
Sobrinos de Guinea, Carretas, 27.
Depósito de vinos, Arenal, 2



Para no sudar, me quito
calzoncillos, calcetines...
¡Todo! menos la camisa,
que es de casa de Martínez.
San Sebastián, 2.



Echo en la mejilla á Irene
Quina Palomar Matías,
y desde entonces la tiene
que afeitár todos los días
Fuencarral, 24.
Drogueria y Perfumeria



Si Tirso las muelas duras
os pusiera, ¡oh desdentados!
comerías pefias duras
lo gaimo que mautecaos
Mayor, 73.

No encuentra dos cosas Dios
en la creación entera
tan bien hechas como los
pantalones de Pesquera.
Magdalena, 20



—Cómprame el alma, Luzbel
—Es que la quiero barata.
—Te la doy por un pastel
de los de La Flor y Nata.
Plaza de Celenque, 1.



Hace dos años que Antonio
no se causa de exclamar:
—¡Qué Colonial! ¡Qué Colonial!
la Colonia Palomar!
Drogueria y Perfumeria
Fuencarral, 24



—¿Tienee malo el cutis?
—Si
Con granos y escoriaciones.
—Hombre! Y ¿por qué no te pones
Coldcream virginal ahí?
Tarros á 1 y 2 pesetas.

Farmacia de Torres Muñoz, San Marcos, 11, y San Bartolomé, 7

CORO DE SABIOS



¡Venid y comprad
torones para techos, baldosas especiales
de patios y de aceras, de buena calidad!
¡Venid y comprad
los finos azulejos, mosaicos celestiales,
que es lo que necesita la pobre humanidad!
¡Venid y comprad!

Escofet, Fortuny y Compañía. Alcalá, 18 (Equitativa).

MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, FESTIVO É ILUSTRADO
PRECIOS DE SUSCRICIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50;
año, 8.

Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.

Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

En provincias no se admiten por menos de seis meses y en el
extranjero por menos de un año.

Pago adelantado, en libranzas del Giro mutuo, letras de fácil
cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

PRECIOS DE VENTA

Un número corriente, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Península, 4, primero derecha.
Teléfono núm. 2.160.

ESPACHO: TODOS LOS DÍAS DE DIEZ A CUATRO

GRANDES DESTILERÍAS MALAGUEÑAS
COGNACS SUPERPINOS



JIMENEZ Y LAMOTHE
MÁLAGA-MANZANARES

CHOCOLATES Y CAFÉS

DE LA
COMPANÍA COLONIAL

TAPIOCA, TÉS

50 RECOMPENSAS INDUSTRIALES

DEPÓSITO GENERAL
CALLE MAYOR, 18 Y 20
MADRID